

## Textos y comentarios de actualidad

«Estamos viendo crearse a nuestro alrededor una derecha sólida, resuelta a vivir en mundo que ya no existe, y una izquierda poco homogénea atraída ahora por una cosa y después por otra. Pero lo que contará será el centro, un centro quizá poco importante en número, pero lo suficientemente fuerte para sentirse en su casa lo mismo en el mundo de ayer que en el de hoy, lo suficientemente perseverante para efectuar una tras otra las transiciones necesarias, lo bastante poderoso para rechazar las medias tintas y para reclamar las soluciones definitivas, aunque para llegar a ellas sea necesario saber esperar» (B. LONERGAN, en «Informations catholiques internationales», n. 359, p. 20).

Ciertamente hasta hace poco el aspecto sexual del amor era casi siempre tabú, y es un progreso comprender que el amor es *también* sexual. Pero ahora hay el peligro de olvidar que lo más importante en el amor es... el amor.

Fue en un tren de cercanías. «Era en segunda clase. Primeras no hay. Yo iba solo. Frente a mí, una pareja. Un matrimonio, al parecer, recién estrenado.

Yo les observaba, quieras o no, desde menos de metro y medio. Ella no era para gritarle guapa. Una muy del montón. Pero enamorada la expresión del rostro. La expresión enamorada es inconfundible. El, un hombre que por nada llamaba la atención; uno de tantos y tantos, como usted y como yo (y me pongo yo para no molestarle a usted).

Nadie me dijo que fuesen recién casados. Pero se les veía que lo eran. El hombre acariciaba la mano de la mujer, suavemente. Manos descuidadas las dos, manos trabajadoras. La mujer apoyaba la cabeza en el cuerpo del hombre. El hombre apoyaba el rostro sobre la cabeza de la mujer. Y viajaban así, radical y totalmente entregados uno al otro, a la existencia del otro junto a él.

El viaje duraba casi una hora. Y ellos siempre igual, inmovilizados

como en una medalla de indisimulable amor». (N. CLARASO, en «La Vanguardia Española»).

El poeta es un hombre aislado. Es un hombre normal entre hombres ciegos, sordos..., con todos los sentidos embotados. Pero esta mayoría, por serlo, se cree normal y tiene por enfermo a ese hombre que se maravilla por la luz, el viento en los árboles, el amor, la belleza del rostro humano... Ha de gozar de todo clandestinamente. (Leyendo el *Journal*, de J. GREEN).

El Cardenal Marty, a propósito del abandono de 44 sacerdotes: «El diálogo que entre sí deben tener todos los miembros de una Iglesia jerárquica tiene que profundizarse, ciertamente, pero hay momentos en que es necesario optar, y una de estas opciones es quizá la que se realiza en estos momentos». (De «Le Monde»).

«Comienza usted con una lista de actos del magisterio del Padre Santo que estima extraños, por no decir contrarios a lo que requiere nuestro tiempo. Prescindiendo del respeto que se debe a las autoridad pontificia, hay diversas maneras de apreciar lo que exige nuestro tiempo. Una es la crítica teológica. Otra es la confirmación de la unidad de los fieles, de los pastores y de los mismos teólogos, en la fe, lo cual depende directamente de la misión de Pedro.

El ejercicio de esta tarea es hoy inmensamente difícil. Yo no quisiera hacer nada que pueda debilitar lo que subsiste de confianza y de respeto hacia aquél que lleva esta carga. Yo sé que su intención en el fondo es la misma. Con una diferencia: usted piensa que la mejor manera sería que el Papa se situase francamente en el movimiento de apertura y de renovación crítica. Pero ¿es esto posible?

¿No sería esto llevar a un terreno discutible a quien no debe proponer más que directrices experimentadas y seguras? ¿No es esto exigir que el Papa sea el número uno precisamente en lo que usted reivindica como la tarea y el carisma propio de los teólogos? ¿Mide usted la situación y las necesidades, no sólo de los elementos críticos, sino también de toda la masa de los fieles? ¿Tiene usted en cuenta suficientemente la urgencia y la dificultad de mantener hoy la continuidad de la fe en el cuerpo mundial y masivo de la Iglesia?» (Carta abierta de Y. CONGAR a H. KÜNG).

Inmensidad de las montañas, cielo azul, luz resplandeciente... Todo nos habla de la grandeza de Dios y de *nuestra propia grandeza*.

En el inmenso cielo estrellado, en la flor, en la música... conocemos a Dios, que es su Fuente y *nos conocemos a nosotros mismos*: nuestra capacidad y orientación a lo infinito, a la belleza, al amor... (Después de una excursión por el Pirineo).

«Yo digo lo siguiente; el problema no está en hacer dinero, el problema está en hacer algo (producir, crear, organizar, etc.). En esto solamente está la felicidad. La felicidad la lleva uno dentro, y me dispensa el deseo de unas vacaciones en Palm Beach o de las mujeres alegres...» (LE CORBUSIER, en su testamento; cfr. «Parametro», n. 1).

El Cristianismo propone a la fe un cúmulo tal de «insensateces» (Trinidad, Encarnación, gracia sobrenatural, infierno...), que debería resultar en la práctica im-practicable y hacer de la vida del creyente un caos. Pero resulta todo lo contrario: esas insensateces *al ser vividas* fundan una existencia humana plena, en la paz, en la luz, en la esperanza... *Dulcis anima in pace*.

«Alguns es queixen d'haver d'assistir an aquesta continua agitació i enyoren la quietud d'una normalitat passada o futura; mes jo crec que tots els catalans que vivim tenint el cor en son lloc, hem de donar gràcies a Déu d'haver nascut en un temps tan ple d'acció esperançada» (J. MARAGALL, carta a J. RUYRA, 8 abril 1907).

«Nunca se ha enseñado, en las universidades, el único método crítico, el único probativo que se puede aplicar a una filosofía, y que consiste en preguntarse si uno puede vivir según sus principios. En las universidades sólo se enseña la crítica de las palabras por las palabras...» (NIETZSCHE, *Schopenhauer educador*).

«...Es el *mal metafísico*, que se hace sentir en las profundidades del espíritu, aun cuando uno no esté capacitado para percatarse de ello, y que sienten más cruelmente los jóvenes porque no están acostumbrados todavía a engañarse a sí mismos: quiero decir el vacío, la nada de todo valor absoluto y de toda fe en la verdad, en que la juventud se encuentra por culpa de una *intelligentsia* dominante y de una educación escolar y universitaria que, tomada en bloque (y con excepciones individuales) traiciona alegremente su misión esencial». (J. MARITAIN, a propósito de los sucesos de mayo de 1968, en París).

¿Por qué los teólogos protestantes desconfían tanto de un conocimiento natural de Dios? Al fin y al cabo este conocimiento natural de Dios también viene de Dios. Somos capaces de conocer a Dios, porque El nos ha hecho capaces de conocerle, porque nos ha creado «a su imagen y semejanza».

«No se puede pretender en la Iglesia saltar, por decirlo así, por encima de los siglos y enlazar inmediatamente con la Biblia... Es lo que hace el biblicismo, que rechaza estrepitosamente el símbolo de Nicea, la ortodoxia, la escolástica, los Padres de la Iglesia, las Confesiones de fe, para atenerse «únicamente a la Biblia»...

Pero cosa extraña, este procedimiento siempre conduce a una teología muy «moderna». Estos biblicistas decididos comparten la filosofía de su tiempo; hallan en la Biblia sus propias ideas; se han liberado de los dogmas de la Iglesia, pero no de sus dogmas y de sus propias concepciones». (K. BARTH, *Credo*).

«La desconfianza que, aun en los ambientes católicos, se ha difundido acerca de la validez de los principios fundamentales de la razón, o sea de nuestra *philosophia perennis*, nos ha dejado desarraigados frente a los asaltos, muchas veces radicales y capciosos, de los pensadores de moda; el vacío dejado en nuestras escuelas filosóficas por la pérdida de confianza en los grandes maestros del pensamiento cristiano, se llena frecuentemente con una superficial y casi servil aceptación de las filosofías de moda, muchas veces tan simplistas como abstrusas; ellas sustituyen nuestro método normal, humano, sabio de pensar la verdad; estamos tentados de historicismo, de relativismo, de subjetivismo, de neo-positivismo, y con ellos entra en el campo de la fe un espíritu de crítica subversiva y la falsa persuasión de que, para acercarse y para evangelizar a los hombres de nuestro tiempo, debemos renunciar al patrimonio doctrinal, acumulado durante siglos por el magisterio de la Iglesia y hemos de modelar, alternando el contenido dogmático, un cristianismo nuevo, a la medida del hombre y no a la medida de la auténtica Palabra de Dios». (PAULO VI, en Bogotá: *Osserv. Romano*, 26 agosto 1970).

«En un momento en que las ciencias en general, y las ciencias humanas en particular, alcanzan un desarrollo excepcional, pero al mismo tiempo manifiestan su impotencia para dar una respuesta al problema del sentido de la existencia, la cuestión metafísica resurge con una urgencia excepcional. Esto es verdad en el plano de la Iglesia: la crisis de la teología y la de la Iglesia provienen esencialmente de una carencia filosófica. Ello es verdad también de la sociedad humana: es el problema de unos valores universales que pueden fundar una sociedad fraternal». (Card. DANIELOU, dando cuenta del Congreso tomista, Roma, 1970).

El problema actual más urgente y más hondo no es social, es metafísico, es religioso. La búsqueda de un sentido, la ausencia de un Absoluto. El mundo técnico de hoy necesita un «suplemento de alma», decía Bergson. Y hace treinta años escribía Saint-Exupéry: «estos hombres ¡tienen tanta necesidad de un Dios!».

Cuanto más se racionaliza el mundo, más absurdo resulta. Es la paradoja de nuestro tiempo. La explicación hay que buscarla en la hipertrofia de un aspecto de la razón, en detrimento del otro. Cuando la inteligencia se reduce sólo en entendimiento discursivo y deductivo, se convierte en fuente de opresión para el hombre. De ahí

la protesta violenta, la exaltación de lo irracional. Pero esta rebeldía caótica está prisionera todavía del mismo presupuesto que la provoca: una concepción reducida de la inteligencia. (Ideas tomadas de H. DE LUBAC, *L'Eglise dans la crise actuelle*. Ed. du Cerf, París).

«Una real aunque misteriosa ósmosis se establece entre la Iglesia y los pobres. Y sabemos muy bien que, más allá de la Iglesia-institución, en la más profunda realidad de la Iglesia-comunión de vida de los hombres con el Padre en Jesús, muchos pobres que no frecuentan las iglesias, se hallan presentes, muy cerca del corazón del Padre, penetrados ya por la totalidad de su amor.

No creemos exagerado decir que algunas pobreza equivalen a una unión sacramental con la muerte de Jesús: el agua de la inmersión deja el lugar aquí a la comunión en la realidad del sufrimiento redentor. Estos miles de hombres y mujeres, rectos en el fondo y llenos de bondad, pero aplastados por el pecado y el egoísmo de los demás no pueden dejar de ser asimilados por el Padre a su Hijo agonizante. Esto quizás ocurra con los pobres que en el misterio de su unión con Cristo rescatan diariamente al mundo de su abominable pecado, extendiendo sobre él la sombra de la cruz». (J. M. TILLARD, *La salvación, misterio de pobreza*, Ed. Sígueme, Salamanca).

«Creo que si la palabra de Dios dice tan poco al hombre de hoy, ello se debe a que se expresa en función de la experiencia religiosa del hombre de ayer. No es que el hombre religioso haya desaparecido. Lo que ha cambiado es su expresión religiosa» y urge encontrar esa expresión actual, moderna. (Card. DANIELOU, *Tests*).

Lo menos que se puede decir es que hay dos maneras hoy de vivir en la Iglesia. Una la de los que acentúan los valores de libertad, de crítica; la de los «esencialistas», iconoclastas de todo lo que sea accidental (al quitar las viejas vestiduras, ¿no estarán arrancando la piel?); preocupados por la *praxis* y la eficacia...

La otra, hecha de adoración religiosa; de «reverencia amorosa» (a la Eucaristía, al Papa...); quiere ser testigo de lo invisible; piensa que la única revolución eficaz es la individual, que «una persona que se eleva, eleva al mundo»; toda su vida quiere ser un «misterio de fe».

«Todo el que pretende reformar la Iglesia por los mismos medios con que se reforma una sociedad temporal, no solamente fracasa en la empresa, sino que acaba infaliblemente por encontrarse fuera de ella, antes que nadie se haya tomado la molestia de echarle de ella... Sólo se reforma la Iglesia sufriendo por ella... la Iglesia no tiene necesidad de reformadores, sino de santos». (G. BERNANOS, en su ensayo, inacabado, *Martin Luter*).

JUAN PEGUEROLES, S. I.